

## CAPITULO XCIX.

El rey de Castilla invoca el auxilio de su suegro el rey de Portugal.—El papa Benedicto XII envia una severa carta á D. Alfonso XI.—Quince galeras genovesas acuden en socorro del rey de Castilla.—Los africanos ponen cerco á Tarifa.—Los moros hacen uso de la artillería de fuego.—Memorable batalla del Salado.

EL revés que había sufrido D. Alfonso era sobradamente terrible, mas sin embargo, no solamente fue insuficiente para abatirle, sino que como dice un historiador contemporáneo, desde este momento es desde cuando le vemos verdaderamente grande, prudente, animoso, previsor y político.

El pontífice Benedicto XII dirigióle una carta, en la cual, á la par que el sentimiento resplandecía, censurábale enérgicamente, tanto por la conducta que siguiera respecto á sus desatinados amores como á la muerte que había ordenado se diese al gran maestro de la orden de Alcántara.

«Examina, le decía el pontífice en uno de los párrafos del mencionado documento, tu conciencia y mira si no te habla nada acerca de esa concubina á que hace tanto tiempo estás demasíadamente apegado en detrimento de tu salvación y de tu gloria... combate tu pasión, hazte á tí mismo una guerra incesante y animada (1).»

El monarca comprendiendo la necesidad en que estaba de resarcirse de aquella pérdida dolorosa, de rehabilitarse ante sus mismos pueblos y ante las naciones vecinas, se dirige á su esposa la reina D.ª María que en compañía de su hijo D. Pedro vivía retirada en un monasterio de Sevilla, y la hace que escriba á su padre el rey de Portugal, rogándole que envíe su armada en auxilio del castellano.

D.ª María olvidando el justo resentimiento, no solamente lo hizo así, sino que envió á Portugal á su canciller el dean D. Velasco Fernandez para que exhortara á su padre á olvidar pasadas ofensas, encareciéndole de viva voz lo que la cristiandad y el rey su esposo ganarian con que acudiera á lo que se le pedía.

El monarca portugués no se mostró menos digno que su hija en aquellas circunstancias; la flota portuguesa mandada por el almirante portugués Manuel Pezzano y su hijo, á quienes algunos años antes hiciera prisionero el malogrado D. Jofre Tenorio, llegó poco después en socorro del castellano.

A la par que esto sucedía, no descuidaba por ningún estilo las urgentes atenciones de la guerra, y para obtener naves á sueldo, envió á Juan Martínez de Leyva, á Génova, á fin de que tratase de aquel asunto con la señoría de aquel país.

Quince galeras le ofrecieron los genoveses, pagando por cada una de ellas ochocientos florines de oro mensuales y mil quinientos la capitana, al mando del almirante Egidio Bocanegra, primer dux de aquella república.

Al regresar el de Leyva pasó por Aviñon, solicitó del pontífice una bula concediendo las indulgencias de cruzada á favor de la guerra de Castilla por el término de tres meses, lo que fue concedido y marchó á negociar con el monarca aragonés, que á la sazón lo era D. Pedro IV el Ceremonioso, el cual le prometió doce galeras mandadas por el nieto del célebre almirante Roger de Lauria, D. Pedro de Moncada.

En tanto que el de Leyva se ocupaba en esto, el rey de Castilla hizo un tratado de paz definitiva, con su suegro el rey de Portugal el cual quedó firmado en Sevilla á 10 de julio de 1340.

Cuanto a las galeras que se encontraban desarmadas en los puertos de Andalucía fueron reparadas con extraordinaria actividad; formándose una pequeña escuadra que á las órdenes de Fr. D. Alfonso Ortiz Calderon, prior de San Juan, recibió el encargo de vigilar las alturas de Tarifa.

La falta de naves que vigilaran el paso del estrecho había permitido que desembarcase en España un número considerable de musulmanes, cuya cifra el historiador que menos la eleva á doscientos mil hombres, habiendo muchos que la hacen ascender hasta cuatrocientos ó seiscientos mil, lo cual no parece tan increíble si se tiene en cuenta que vinieron multitud de familias con la seguridad de establecerse definitivamente en la Península.

El mismo rey Abul-Hassam pasó finalmente á Algeciras, donde se le reunió, con un buen golpe de gente, el rey de Granada.

Toda aquella innumerable morisma cayó sobre Tarifa poniéndola estrecho cerco, y combatiéndola con diversas máquinas é ingenios.

En la historia de los árabes de Conde aparece que en aquel sitio hicieron uso los moros de la artillería de fuego, pues los escritores arábigos á quienes aquel sigue, dicen: «que principiaron á combatiirla con máquinas é ingenios de truenos que lanzaban balas de hierro grandes, con nafta, causando gran destruccion en sus bien torneados muros (2).»

Anteriormente á esta fecha y en el sitio de Baza en 1325 ya el historiador arábigo dice que sus compatriotas hicieron uso en aquella función bélica de máquinas que lanzaban globos de fuego con grandes truenos semejantes á los rayos de las tempestades.

Los defensores de Tarifa bajo el mando de Juan Alfonso de Benavides, rechazáronles con un valor y una decision que hizo recordar los gloriosos dias de Guzman el Bueno.

Una deshecha borrasca destruyó la flota mandada por el prior de San Juan de que en otra parte hicimos mérito, pero sin abatirle

por este nuevo desastre el monarca castellano, manifestó su firme resolución de socorrer á la ciudad, para lo cual hizo que la reina D.ª María escribiera de nuevo á su padre invitándole á que viniera personalmente en su auxilio, y no satisfecho con esto, marchó él mismo á encontrar á su suegro, regresando á Sevilla inmediatamente con la seguridad de que seria socorrido.

Cuando llegó el portugués, con una aun cuando corta lucida hueste, emprendieron la marcha desde Sevilla hácia Tarifa el 20 de octubre, empleando ocho dias en el viaje al objeto de que se les fueran reuniendo las distintas fuerzas que de todas partes acudían.

Las naves de Aragon y las galeras castellanas presentáronse en el estrecho y los musulmanes sabiendo que próximamente iban á ser atacados, separaron sus campos, poniéndose en disposición de resistir ventajosamente á sus enemigos.

El rey de Castilla quedó decidido que atacaría al de Marruecos y el de Portugal al de Granada, y ambos llenos de extraordinario arrojo, sin que les desanimase el considerable número de infieles que cuadruplicaba sus fuerzas, tomaron posiciones á las orillas del riachuelo llamado el Salado, el cual corriendo de N. á S. va á desembocar en el mar.

Amaneció el lunes 30 de octubre de 1340 y antes de romper el día, el arzobispo de Toledo celebró la misa en el pabellon real, comulgando el rey y detrás de él toda su hueste.

Ordenóse inmediatamente esta, y aun cuando D. Juan Manuel que tenia el mando de la vanguardia rehusó pasar el rio en términos que pudiera argüir cobardía ó deslealtad, los hermanos Garcilaso lo hicieron intrépidamente al frente de un cuerpo de mil hombres, desbaratando á una division de dos mil quinientos africanos.

El maestro de Santiago D. Alfonso Melendez de Guzman y don Juan Nuñez de Lara pasaron tambien el rio á pesar de la flojedad mostrada en un principio, y los que llevaban las banderas dieron con la tienda del rey de Marruecos donde estaban sus mujeres custodiadas por un cuerpo de cenetas. Trataron estos de retroceder hácia Tarifa, pero la guarnición de Tarifa arrojándose impetuosamente sobre el centro de los africanos, consiguió desbaratarlos.

Este era el momento decisivo. Oigamos en qué términos le refiere un historiador contemporáneo.

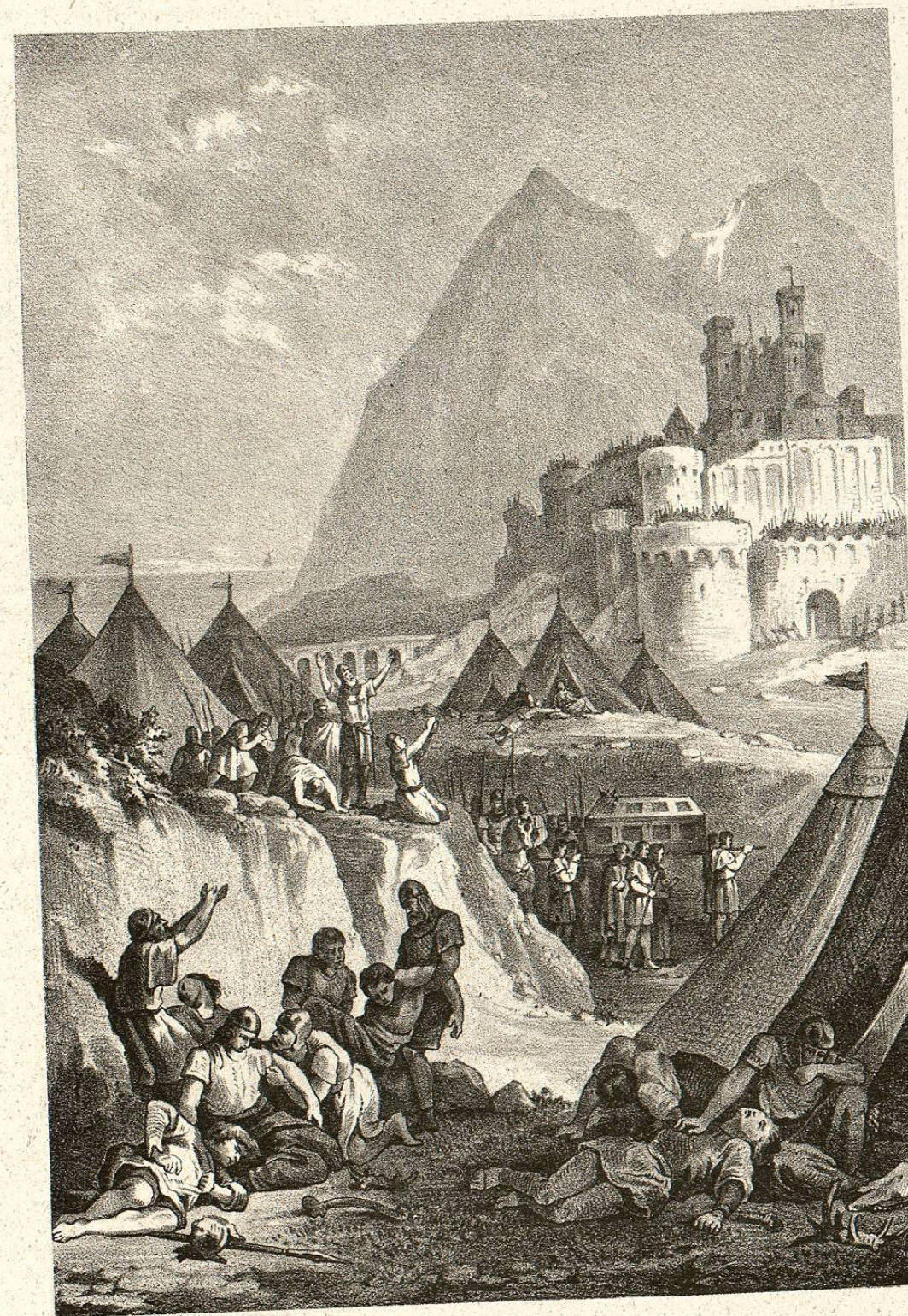
«A tal sazón pasó el rio Salado el rey D. Alfonso con los de su mesnada, metiéndose con ellos en un valle donde estaba el grueso de la morisma con Abul-Hassam. Cargaron sobre ellos de tropel los africanos, lanzando saetas, una de las cuales se clavó en el arzon de la silla del caballo del rey. «Feridos, exclamó entonces Alfonso alentando á los suyos, feridos, que yo so el rey don Alfonso de Castilla et de Leon, so el día de hoy veré yo quales son mis casillos, et verán ellos quien soy yo.» Y espoleando su caballo quiso meterse en lo mas riego de la pelea. Pero el arzobispo de Toledo don Gil de Albornoz, teniendo acaso presente en aquellos momentos el ejemplo de su ilustre predecesor don Rodrigo Jimenez, y lo que hizo con Alfonso el Noble en las Navas de Tolosa, «Señor, exclamó á imitación de aquel, estad quedo, el non pongades en aventura á Castilla et de Leon, ca los moros son vencidos, et fio en Dios que vos seredes vencedor.» Las palabras del rey inflamaron á los suyos, y como quiera que aun cuando estos fuesen muy pocos, como todos eran caballeros y escuderos suyos, gente criada en su casa y á su merced todos «omes de buenos corazones et en quien había vergüenza,» cumplieron su deber como buenos, y á algunos por su especial arrojo los premió en el acto. Bajando al propio tiempo de aquellos rucuestos y colinas los que habían tomado el pabellon del emir de Africa, matando y degollando cuantos encontraban, acabaron de turbarse los marroquines, desordenáronse huyendo hácia Algeciras, dábales caza el rey Alfonso con su gente, el campo se cubrió de cadáveres, y el rio Salado no parecía ya rio de agua, sino de sangre (1).»

Al mismo tiempo el rey de Portugal aseguraba la victoria obteniendo sobre el rey de Granada un triunfo menos costoso, puesto que las tropas con que este contaba ni eran tan numerosas ni ofrecieron tanta resistencia como las africanas.

Hasta las márgenes del Guadalmeis fuéles persiguiendo y la matanza que los nuestros hicieron en el infiel, fue verdaderamente considerable.

Nuestros cronistas en el natural entusiasmo que tan señalado acontecimiento les produjera, hacen subir el número de muertos á doscientos mil, cantidad verdaderamente fabulosa; pero de cualquier modo que fuese, es indudable que la mortandad fue espantosa, cuando los mismos árabes confesando su derrota apellidan dia *infausto*, batalla *cruel* y matanza memorable, á la que se dió en las orillas del Salado.

El número de cautivos fue considerable tambien, pudiendo figurar perfectamente este memorable combate al lado de los de Covadonga, Calatayoz y las Navas.



LOS CRISTIANOS LEVANTAN EL CERCO DE GIBRALTAR.

Biera Editor: Barcelona, Rubador 54 y 55

(1) Carta fechada en Aviñon á 13 de las calendas de julio año VI (1340).  
(2) *Hist. de la dominación de los árabes*, part. IV, cap. 21.

(1) Lafuente, *Historia de España*, part. II, lib. III.

## CAPITULO C.

Inmenso botín que ganaron los cristianos en la batalla del Salado.—Preparativos para el cerco de Algeciras.—Penalidades que hubo de sufrir el ejército cristiano ante esta plaza.—Rendición de Algeciras.—Cortes de Alcalá de Henares.—Sitio de Gibraltar.—Terrible epidemia que afligió al ejército.—Muerte de D. Alfonso XI.—Honores que le tributaron sus mismos enemigos.

**INMENSO** fue el botín que recogieron los cristianos en la famosa batalla del Salado.

En el furor de la pelea, al asaltar los soldados el pabellón real del marroquí, perecieron algunos de los hijos y de las mujeres de Abul Assan.

Cautivos quedaron, su hijo Alhamar, su sobrino Abu Ali y otros no menos valerosos é ilustres guerreros.

Las riquezas que los cristianos llevaron á Sevilla se elevaban á una cantidad verdaderamente fabulosa.

Monedas de oro de valor de cien doblas marroquíes, gruesas barras del mismo metal, brazaletes, collares, ajorcas cubiertas de preciosas piedras, alfanjes guarnecidos de oro, plata y pedrería, tiendas de paños de oro y seda riquísimos, constituyeron aquel inmenso botín del cual cayó una gran parte en poder de la soldadesca, la que marchándose con ella fuera del reino, hizo bajar en una sexta parte el valor del oro en París, en Aviñon, en Barcelona, en Valencia y en Pamplona.

El monarca de Castilla invitó á su suegro que escogiera lo que fuere mas de su agrado, pero el portugués, procediendo con una generosidad extraordinaria, rechazando todos los objetos que pudieran tener un valor puramente material, eligió solamente algunos verdaderamente notables por su valor artístico.

D. Alfonso entonces dió algunos de aquellos ilustres cautivos con los cuales regresó á Portugal.

También participó de los frutos de aquella victoria el pontífice, puesto que el rey castellano le envió á Aviñon un lucido cortejo con Juan Martínez de Leiva, el cual era portador de un soberbio regalo.

Nuevamente y en la primavera de 1341 el monarca abandonó á Sevilla, haciendo distintas correrías por las tierras de los moros granadinos, tomándoles á Alcalá de Benzaide, Priego, Benameji, Rute y otros lugares.

En su mente estaba el emprender el sitio de la importante plaza de Algeciras, y para esto le fueron de gran utilidad las flotas genovesa y portuguesa, que bajo el mando del almirante Bocanegra, la una y de Carlos Pezzano la otra, unidas á la armada castellana, consiguieron despues de varios encuentros parciales, derrotar por completo las escuadras granadina y marroquí.

Mas á pesar de estos triunfos era muy difícil la situación por que atravesaba D. Alfonso, puesto que aquel ejército que se veía obligado á sostener, aquellas flotas que tenía que tomar á sueldo, los mismos intereses de los empréstitos que á cada paso había de hacer, no solamente agotaban sus rentas sino que le imposibilitaban de dar todo el impulso que deseaba á los grandes pensamientos que bullían en su mente.

Al Papa, le pidió nuevos subsidios; al rey de Francia, un empréstito en prenda del cual le ofreció su corona y sus mejores joyas, y al de Aragón, que en cumplimiento de los pactos entre ambos celebrados, le enviase socorros.

El de Portugal y el aragonés le enviaron algunas galeras, pero mientras tanto el sitio de Algeciras continuaba y la situación del monarca y del ejército cristiano era cada vez mas comprometida.

El otoño habíase principiado con un rigor tal, y las lluvias fueron tan abundantes y continuadas, que todo el campamento llegó á convertirse en un inmenso lodazal, en medio del que se hallaban embudidos hombres y caballos.

Doblemente crítica hubiera sido la situación de aquel ejército, cuyo ánimo no bastaba á doblegar la inclemencia de las estaciones, si estas mismas aguas no hubieran servido de obstáculo insuperable para que los sitiados recibieran socorros.

Felizmente y á costa de penalidades horribles sufridas con una resignación y una entereza apenas concebibles, habiendo de combatir con los hombres y con los elementos, que cada vez les eran mas contrarios, vieron llegar los cristianos la primavera del siguiente año de 1343.

Con ella llegaron algunos refuerzos, mas si obstinado era el ardor con que los cristianos atacaban á la plaza, no era menor el de los que la defendían.

No podemos detallar porque las condiciones de nuestro trabajo no nos lo permiten, toda aquella homérica lucha sostenida durante veinte meses con una constancia extraordinaria y con una fuerza de voluntad inquebrantable.

Durante ese largo espacio en que el rey D. Alfonso no se separó de los muros de aquella plaza dirigiendo los trabajos de la Caba, ordenando la construcción de torres para atacar los muros, vigilando atentamente, pues, varias veces trataron de asesinarle emisarios traidores enviados desde la plaza, sucediéronse incidentes á cual mas notables en el campo cristiano donde al apuro y al conflicto de hoy, seguía casi inmediatamente el conflicto y el apuro de mañana.

Varios príncipes extranjeros atraídos por la fama de aquel prolongado cerco, acudieron á pelear bajo la bandera castellana, el rey Felipe de Navarra al frente de trescientos infantes y cien caballos llegó en su ayuda, el Papa y el rey de Francia acudieronle con al-

gunos subsidios, pero todo era ineficaz; hombres y dinero eran una gota de agua arrojada sobre una tierra sedienta que la absorbía inmediatamente.

Para hacer mas comprometida aquella situación, los africanos preparábase á desembarcar en las playas de Gibraltar un numeroso ejército, y ante la inclemencia de los elementos, ante la escasez y las enfermedades, cedieron muchos de aquellos auxiliares, abandonando el campo sin que ni ruegos ni exhortaciones fueran bastantes para hacerles que permaneciesen.

El rey de Navarra sucumbió en Jerez y el conde de Foix al llegar á Sevilla enfermó también y murió poco despues.

Por fin al cabo de veinte meses, sin que el ejército musulman de Africa y de Granada reunido, consiguiera pasar el pequeño rio Palmone, en cuyas orillas cuantas veces intentaron presentar la batalla fueron vencidos, D. Alfonso recogió el fruto de su extraordinaria constancia.

Los dos emires de Africa y Granada autorizaron á los de Algeciras para que se entregasen, á condicion de que los sitiados pudieran salir libres y salvos con todos sus haberes, que se estipulasen treguas por quince años que despues se redujeron á diez, entre africanos, granadinos y castellanos, reconociéndose por vasallo de D. Alfonso el rey de Granada, pagándole anualmente un tributo de 12000 libras de oro.

En virtud de esto el 26 de marzo de 1344 el rey D. Alfonso XI de Castilla y de Leon hizo su entrada solemne en Algeciras, convirtiéndose la mezquita mayor en templo cristiano, bajo la advocación de Santa María de la Palma.

D. Alfonso devolvió al rey de Marruecos los hijos que hiciera cautivos en la batalla del Salado sin rescate alguno, acto que le llenó de profundo reconocimiento, y el de Granada al abrigo de aquella tregua, dedicóse á fomentar la prosperidad interior de su pequeño Estado.

Mas tarde las complicaciones ocurridas en Africa que dieron por resultado que subiera á ocupar aquel trono un hijo de Abul Assan hicieron pensar al rey de Castilla que no se hallaba obligado á cumplir con el hijo las estipulaciones que hiciera con el padre, y como que además le repugnaba ver á Gibraltar en poder de los infieles, decidió emprender el cerco de aquella plaza.

Para este efecto convocó cortes en Alcalá de Henares en 1348, cortes que fueron sumamente notables por los incidentes ocurridos en ellas.

Dos ciudades, Burgos y Toledo disputaban sobre preferencia de lugar.

Burgos, Leon, Sevilla, Córdoba, Murcia, Jaen y Toledo como cabezas de reino, tenían asiento fijo y lugar determinado para votar, y los demás se sentaban y votaban sin un orden determinado.

La primera y la última de aquellas, segun indicamos, alegando cada una sus privilegios y sus glorias, contando con partidarios poderosos y decididos, amenazaban provocar un conflicto sobre aquella cuestion, conflicto que evitó la prudencia del monarca dejando á Burgos que ocupara el primer lugar como hasta entonces aconteciera, y dando á los diputados de Toledo asiento aparte frente al suyo, usando el monarca esta fórmula: *Hable Burgos, que yo hablaré por Toledo.*

En estas mismas cortes llevóse á cabo la gran reforma de la legislación castellana, con el llamado *ordenamiento* de Alcalá declarándose en ellas, como ley del reino, á petición del monarca, el código de las *Siete Partidas* de D. Alfonso el Sábido, que hasta entonces ni se aprobaba en cortes, ni se practicaba.

En 1349 sentó sus reales el monarca con el ejército de Andalucía, delante de Gibraltar.

Pero ni las máquinas, ni las fuerzas castellanas, ni el bloqueo pertinaz eran bastantes contra una plaza de suyo fortísima y bien abastecida.

Sin embargo, esto no hubiera sido bastante á vencer aquella heroica constancia de que el monarca y sus soldados dieran pruebas en el cerco de Algeciras, á no desarrollarse en el campamento español la terrible epidemia que había hecho ya estragos en Italia, en Inglaterra, en Francia y aun en algunos puntos de España.

Varios de los principales caudillos de la hueste castellana habían muerto ya, muchos soldados les habían seguido también, sin que D. Alfonso á pesar de las repetidas exhortaciones de sus caballeros, se decidiera á levantar el sitio.

Esto le perdió. Atacado del contagio el día 26 de marzo de 1350 falleció aquel esclarecido monarca, que á pesar de sus crueldades y del escándalo que con sus ilícitos amores estuvo dando, no se le pueden negar las grandes cualidades como guerrero y como príncipe, que le colocan entre los mas señalados monarcas de la tierra.

Antes de concluir este capítulo y para que pueda juzgarse de la estimación que los moros tenían á D. Alfonso, debemos decir que segun las mismas crónicas arábigas refieren, decía el rey de Granada que había muerto *uno de los mas excelentes príncipes del mundo*, y muchos nobles musulines vistieron luto por él, dejando marchar libremente el fúnebre convoy que llevaba el cadáver del monarca á Sevilla.



D. PEDRO IV DE ARAGON (EL CEREMONIOSO.)